

Narrador abandonado por autor en la selva

Frontera

FELIPE MARTÍNEZ CUÉLLAR
Alfaguara, Bogotá, 2020, 145 pp.

EN LAS páginas iniciales de *Frontera*, el siguiente párrafo da una idea del tono narrativo:

Las motos pasaban en un desfile interminable. Me gustaban, aunque nunca me había atrevido a comprar una. La sensación de ir sobre un objeto tan potente, que era capaz de llevarme a donde fuera, o quitarme la vida en un descuido, me seducía, así como la impresión de ir siempre al aire libre, tentando a los elementos naturales.

Cualquier cosa interesante que piense Santiago Zapata, el héroe del relato, se pierde entre el caudal de observaciones como la citada, que traduce su preocupación por la probabilidad de un accidente en moto, en la eventualidad de que se atreva a adquirir una. Es de una profundidad en la cual el lector no corre peligro de hundirse. El héroe quiere olvidar a una mujer de sexo húmedo a miles de kilómetros, y para facilitar las cosas vuela a la selva, a un poblado amazónico sumido en el sopor selvático, plagado de motocicletas.

Santiago Zapata, narrador, por su manera de asumir la misión narrativa, demuestra ser todo menos un sentimental o blando de carácter o estereotipado militante de causas ambientales. Su manera de consumir cerveza es de rasgos épicos (por eso sorprende que no pueda olvidar a Ángela o que, para ir a la raíz del problema, se haya vuelto tan dependiente de ella; la muchacha lo ha traumatizado hasta el punto de volverlo incapaz de ver en la Amazonía alguna cosa memorable). ¿Qué cosas puede narrar Santiago con esa clase de actitud?

Tal vez esto: “Sentí entonces la necesidad impostergradable, como un reclamo del cuerpo, de tomarme una cerveza”. O esto: “¿Qué va a tomar? —me preguntó, moviendo ante mí, como el aleteo enfermo de una ma-

riposa, sus uñas floreadas”. Martínez Cuéllar, el autor, parece interesado en un narrador irreverente y de pobres modales como el de *Pulp*, la novela de Charles Bukowski, pero es un autor inconstante y de un momento a otro abandona ese propósito. Santiago Zapata, el héroe, trata de contar el resto de la historia lo mejor que puede:

Entonces, como si surgiera de la profundidad de la Tierra para darnos la bienvenida, un delfín rosado se asomó a menos de diez metros e hizo una voltereta ligera que dejó plasmada en nuestros ojos una visión de aurora tardía en el río. Era una criatura que ya antes había engañado a otros humanos con ilusiones de sirenas y mujeres anfibias.

En los términos reseñados hasta ahora, elaborar una sinopsis es un desafío, pero puede intentarse. El héroe a las pocas horas de llegar a la selva contacta a un conocido, Luis Infante. Ambos dan cuenta de una canasta de cerveza antes de la narración de Luis Infante, que ocupa varias páginas sin que Santiago Zapata el despechado interrumpa o retroalimente su extensa exposición. Es un informe anecdótico sobre el trabajo de Infante, durante cinco años, en los colegios para indígenas regentados por una orden de religiosos católicos, empeñados en reproducir en la selva al distraído y superficial bachiller colombiano de Medellín o Bogotá. La experiencia no parece haberlo traumatizado suficientemente. Tras la exposición del educador, este y el narrador se ocupan hasta que cierran el establecimiento (pintorescamente construido sobre una plataforma de pilotes en el lecho del río) en beber cerveza indiscriminadamente y hasta perder el sentido de la realidad mientras escuchan una tonada de “reggetón” muy conocida en todo el país, contexto que el narrador recalca con celo particular.

Santiago Zapata, a pesar de un tufo de cerveza muy probable, no tarda en atraer a una muchacha. Esta es periodista; trabaja en una investigación sobre extracción ilegal de oro (hay que conceder que Santiago tiene una suerte envidiable con las mujeres). Los encantos de Magdalena, la periodista, tampoco logran que varíe el horizonte cerrado del relato. Entre

tomar cerveza y hacerle el amor a Magdalena, el relato sostiene su actitud monótona, reticente, inoportuna. Resulta comprensible la perplejidad en que cae el lector, que se pregunta: ¿este tipo no cree en nada? Porque es evidente que no cree en la selva, no cree en el asunto de Magdalena, no cree en el narrador irreverente y descomplicado, no cree en el Amazonas ni cree en un repertorio abundante de cosas necesarias para el desarrollo de un relato de esta clase.

Es posible que una persona que escribe sufra una crisis de confianza en el oficio y le abandone la fe o la motivación necesarias. Puede ser el problema de *Frontera*. La falta de convicción en su propio relato. La novela es un ejercicio con insuficiente convicción o fe. ¿Qué otra explicación puede haber para el capricho con que se introducen motivos y se abandonan apenas insinuados, para los cuellos de botella o desenlaces improprios, para la falta de compromiso con el humor negro, para el rebusque de expresiones presuntamente felices, forzadas sobre la prosa sin tono, sin sinceridad?

La gran borrachera inaugural del relato nos conduce al despertar de Santiago Zapata al lado de Magdalena al día siguiente. Por la noche visita con ella un campamento de minería ilegal abandonado, episodio en que no se produce ninguna chispa que reavive la narración. No se enfoca la extracción de oro en un marco plausible ni sirve el episodio para ahondar en la caracterización de los personajes. Sigue, al otro día, un desgano turismo de Magdalena y Santiago —por lo menos, parece que ha olvidado a Ángela— en una “reserva natural”, y por la noche Magdalena aventura una exhortación al héroe a ceder un poco; le diagnóstica sentimientos de culpa y lo tranquiliza: ella no tiene más intenciones que pasar un buen rato. Santiago Zapata tomará en la mañana el vuelo de regreso a la selva urbana.

El cierre es una recapitulación de la actitud, la especulación, la pose y los lugares comunes que se han prodigado a lo largo del texto:

La miré un momento y me levanté, triste e incómodo. Una sensación de clausura se había instalado en mi pecho como una presión que me

obligaba a tragar saliva, a aguantar las ganas de llorar. De pie, en la esquina de la plaza, nos dimos un abrazo largo, tenso, en el que yo intenté sentir contra mi cuerpo el cuerpo pequeño y apretado de Magdalena. Nos besamos con torpeza, casi sin quererlo. Atravesé la plaza para abordar un mototaxi hacia el aeropuerto. Antes de abordarlo, volví a mirar hacia la esquina, pero Magdalena ya se había ido.

Es una ilusión de cierre; no hay nada que cerrar. La fórmula “una sensación de clausura se había instalado en mi pecho”, etcétera, no es un alarde de estilo, tampoco de lirismo aceptable.

Ernesto Gómez Mendoza